

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

AÑO IV

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza de Cetina (antiguo local del Gobierno Civil)
ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 9 DE OCTUBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. 3
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NUM 750



LA SEÑORA

D.ª INÉS BUENO Y JARA

VIUDA DE ESPINOSA

Ha fallecido á los 83 años de edad
en la noche del día 8 del actual, en el campo de San Pedro,
DESPUES DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS

R. I. P.

Sus desconsolados hijos D.ª Lucila, D.ª Asunción, D.ª Julia
y D. Rodolfo Espinosa Bueno; sus hijos políticos D.ª Emiliana
Simarro Lopez, D. Germán Andreu y Pardo y D. Roque Casta-
ño Rodríguez; sus nietos y demás parientes,

Ruegan á sus amigos se sirvan encomendarla á
Dios y pedirle por el descanso de su alma, por lo que
le dan las más expresivas gracias.

CRÓNICA

“AURORA,”

Obra de un dramaturgo genial, de un luchador valiente, de un espíritu enamorado de la verdad y el bien: esto es «Aurora». Drama humano, reflejo de muy tristes y muy desconsoladoras realidades: drama simbólico, síntesis de un supremo ideal de perfeccionamiento.

En ella se agita el mundo viejo con sus hipocresías, con sus egoísmos, con sus venalidades y sus infamias: y frente á este mundo viejo, lucha un nuevo mundo generoso, abnegado, desinteresado y sublime. Aquel es el mundo de la rutina, la intolerancia y la mentira: este es el mundo de la verdad, de la libertad y de la ciencia: y no un mundo ateo, descreído y sin fé: la tiene grande, inmensa en Dios, en el bien y en el progreso.

Matilde, toda virtud en la apariencia, toda liviandad en el fondo, personifica el mundo viejo, en unión de aquellos otros miserables de los que Dicenta ha hecho encarnaciones hartas reales de la desaprensión cínica, de la hipocresía infame, del egoísmo sórdido, de la venalidad culpable: el amor que se vende, la justicia que se tuerce, la ciencia que se industrializa y la religión que se explota.

Y frente á esas figuras repugnantes, símbolos de una sociedad caduca y podrida, alza el gran talento y la hermosa audacia del dramaturgo dos figuras en extremo simpáticas y por demás nobles: la de Manuel, el sabio consagrado al bien de la humanidad y la conquista del progreso: el apóstol de la ciencia, el enamorado de la verdad y el bien; y la de Aurora, la protagonista, la pobre mujer caída inconscientemente, pero que si perdió la pureza del cuerpo conserva las energías sanas del espíritu y la fuerte honradez del alma.

Aurora salva á Manuel con su revelación resuelta, de la deshonra y la vileza que le preparan en la sombra la liviandad de su prometida y la perfidia de un amigo: y cuando la infame traición queda descubierta, el sabio siente desprecio tal hacia el mundo viejo, que no cree merecedores ni aun de la muerte á aquellos seres depravados: y se aleja de allí, de aquel lugar donde todo es corrupción y miseria,

uniendo su suerte á la de la mujer redimida de la caída por la grandeza de su alma y los arrestos de su generoso corazón.

¿Que á donde van? El autor pone en labios de Manuel la frase consoladora y profética: van á hacer *humanidad nueva*: una humanidad educada en el culto á la verdad, al bien, á la justicia, á la ciencia: en que no sean posibles los vicios y las infamias de la vieja humanidad que personifican los otros personajes.

Tal es, á grandes rasgos, el drama y tal es el símbolo que el drama contiene: abundan en aquel las frases brillantes, los pensamientos inspirados, los conceptos viriles, característica de la musa de Dicenta: no faltan tampoco atrevimientos y crueldades: pero atrevimientos que se dirigen hacia el bien, que constituyen una protesta vigorosa contra las lacerias sociales: y crueldades que envuelven la noble aspiración á un ideal de humanidad y de justicia: y unas y otras, amparadas siempre por el sagrado pabellón de la belleza artística.

Musa varonil de energías masculinas sin tapujos ni melindres, la musa de Dicenta se nos muestra en esta obra con todas las gallardías y toda la frescura y todo el valeroso denuesto con que cautiva y subyuga á las multitudes.

Anoche se aplaudió mucho á Dicenta, significándose en el aplauso caloroso y la aclamación delirante, el público de obreros que ocupaba las localidades altas: público de obreros, que había ido, con prejuicio favorable, resuelto á aplaudir y aclamar á su poeta predilecto, el autor ilustre de «Juan José».

De aquel «Juan José», inmortal en los fastos del teatro español, es hermana, y digna hermana la «Aurora» de anoche: como aquel, víctima de las bárbaras injusticias sociales, de los odiosos abusos del fuerte, que arrastran al obrero del andamio al robo y al homicidio, y sumen á la obrera de la fábrica en la deshonra y la prostitución.

F. Bautista Monserrat.

INSTANTANEAS

Medio eficaz

No cedais en vuestro empeño, huertanos, teneis la mar de razón y es cosa cierta

que vuestro el triunfo será.

No estáis solos, con vosotros todos los hombres están imparciales, sanos, justos y de buena voluntad.

Pero el gobierno retrasa la solución por demás y es irritante el estado de cosas que hay por acá.

Puede hacerse una balanza, una balanza mental: en un lado los huertanos se pudiera colocar y en el otro á sus rivales... ¿que quien pesaría más?

Eso ni á decir tiene, se inclina sin vacilar la balanza al lado puro, donde las fuerzas están; no la moral solamente, que es también la material.

Pero el enemigo pone á su peso algo que dá fuerza al lado que no tiene bastante á contrarrestar esa que mandan los otros que es la fuerza de verdad.

¿Y cómo igualan el peso? Llenándolo de metal; que la razón es hoy día el dinero nada más.

Pero se me ocurre un medio que es altamente eficaz para quitarle la fuerza á ese enemigo rival.

Si yo tuviera, huertanos, esa hermosa autoridad que dá tener diez tabullas, veinte, treinta ó un millar, hace tiempo que el problema resuelto estuviera ya; porque diría: Señores, vuestro rento no pagar, ni á mí ni á ningún sujeto de quien tengáis propiedad hasta que no os ayuden á vuestra causa y veais vuestro triunfo conseguido: el medio más eficaz.

Entonces, los propietarios, como es cosa natural, defenderían vuestra causa como suya y fueran más las fuerzas y las razones que os hicieran triunfar...

Pero, amigos, yo no tengo más tierra que la que dan más arriba de Espinardo, y ésta es muy poca en verdad.

Por eso no doy consejos como yo quisiera dar, porque me falta esa fuerza que presta la propiedad.

Que me den veinte tabullas y yo os juro practicar mis principios disolventes con toda sinceridad.

Piácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

A través del prisma

—Te aseguro que no lo entiendo ni poco ni mucho. Lo que me dices es un embolismo.

—¿Qué ha sucedido en mi ausencia para hacerte cambiar tan radicalmente? Nunca te he tenido por coqueta; pero francamente, en esta ocasión me haces vacilar en mis juicios.

Me escribiste contristada diciendo que odiabas al esposo que te preparaban, á quien no conocías; primeramente por ser tu primo, después porque recelabas no podía satisfacer el ideal que te habías propuesto y que nunca consentirías casarte con un comerciante, catalán por añadidura, pues conceptuabas á todos los de su profesión, en general, y á los de su país en particular, utilitaristas, prosaicos é incapaces de ideas delicadas y de afectos sublimes.

También, en alguna de tus cartas insinuabas, que por nigromántico encantamiento tenías la mente impresio-

nada, de la imagen y el corazón propicio al amor de un bizarro y misterioso militar, que era tu media naranja, el hombre que habías concebido en tus ensueños de niña.

Me consta cuán firme fué tu resistencia á la proposición de tus padres y cuanto con ella los has mortificado, y después de aquella carta, de algunos meses, rebosante de amargura al verte contrariada en los voluntos de tu corazón, me dices ahora á boca de jarro y sin preparación que te casarás satisfecha y enamorada.

—Es cierto—dijo la bellísima, la espiritual Amelia toda confusa, y luego añadió—yo misma no lo creo, y, sin embargo, es sencillo de comprender.

—¿Algún idilio romántico?... —No, un saínete en el cual he hecho el papel de niña boba.

Escucha. En los días en que libraban en mi alma formidable combate los deberes de obediencia de una buena hija en pugna con las halagadoras ilusiones y esperanzas largamente soñadas, apareció una tarde apoyado lánguidamente en el barandal de un balcón de la acera de enfrente, que pertenece al respaldo de una fonda, un joven rubio, esbulto, extremadamente pálido, vestido de capitán de húsares y con el brazo izquierdo vendado y descansando en charolado cabestrillo.

Sin duda un mártir de la patria... —La viviente imagen de Febo Apolo, interrumpió la discreta Felisa con ironía.

—Todo en él me interesó súbita y vivamente: su figura, sus ojos melancólicos y soñadores fijos en el resplandor cálido de sol poniente, su uniforme y hasta su herida.

Desde aquel día, sin voluntad para resistir una dulce é inconsciente atracción hacia él, volaba mi pensamiento si se ausentaba, y mis miradas, si presente, aunque el recato me contenía en los límites de la prudencia.

Conspiraron contra mí un sin fin de coincidencias casuales, que sería prolijo contarte; ellas me fueron empujando insensiblemente á obedecer al gran tirano.

Un día que descontenta de mi misma por mi flaqueza, me hallaba en el balcón haciéndome la distraída, sentí caer á mis pies un objeto que era un papel plegado; volví la cabeza hacia mi desconocido, sin poderme contener, y me hizo una seña atrevida y cariñosa. Toda confusa y avergonzada me retiré rápidamente cerrando de golpe los postigos, pero contrariada de no hacer todo lo contrario.

—¿Aquel papel! ¿Qué diría?... —Ya ves; el eterno ditirambo...

—Pasé una noche de desasosiego y comencé por conocer su contenido. No pude dominarme más: madrugando mucho y temblando de ser sorprendida recogí aquel papel que envolvía unos cuantos perdigones, que le habían ayudado á salvar la distancia, é iba á leerlo furtivamente, cuando percibí los ojos del capitán que me atisbaban á través de los cristales de su alojamiento.

El contratiempo me desconcertó y ya era ridículo retroceder.

Leí... ¿Qué remedio?... Eran unos versos delicadísimos que hablaban de pasiones celestes, de flores encantadas, de enechas de arpadadas aves, de riachuelos sonoros que cantan epitalamios y de horizontes cerúleos donde con estrellas se halla escrita la palabra «Amor».

—Muy bonito—dijo con sorna Felisa.

—No volví á manifestarme en algunos días; mi amor propio imperaba transitoriamente. Cuando ya estaba á punto de sucumbir con mi dignidad, mi nodriza Ana me entregó una carta que dijo le había dado su asistente.

Dudé abrirla, pero hubiera sido una grosería. Era de él, que se declaraba con todas las reglas del arte de amante cumplido, fino y espiritual.

Tampoco podía dejar de contestarle, me parecía una desatención ordinaria y hipocresía femenina, tan justamente motejada por los hombres... lo hice empleando eufemismos y vaguedades;

como se dicen las cosas que no se quieren decir.

Entre las excusas, ponía el propósito de mis padres de casarme contra mi gusto con un pariente antipático, y tuve la gatzmoñería de hablar de mi sumisión filial y mi resignación cristianas.

Llena de recelos y temores viví hasta que otro día cayó un segundo papel, con plomos también, sobre mi bastidor de bordar; en él se me hablaba de desesperación, de propósitos insensatos, y se me insinuaba al final que, si el único obstáculo á nuestra correspondencia amorosa era la voluntad adversa de mis padres, él disponía de un talismán para vencerla.

—La pata de cabra, sin duda, expuso festivamente Felisa, jugueteando con una bola de la tapicería.

—Y prosiguió Amelia—Loca, poseída de un anhelo desconocido, preocupada con aquellas frases misteriosas, fice temblando la seña de la aquiescencia, é sí mudó que se me pedía, y lloré de alegría y reí de tristeza.

Al día siguiente fui llamada al salón por mis padres que estaban en él con una visita: comparecí y... á punto estuve de desmayarme. Allí estaba el desconocido autor de mis ansias, vestido de paisano, con la mano curada, pero gallardo siempre é interesante, y que sostenía amable y franco coloquio con mis padres, los que me dijeron bruscamente si le quería por esposo.

—Con qué temor, con qué miedo—el rubor no me dejaba ver ni hablar—contesté que sí, quedo, muy quedo; tanto que temi lo hubieran leído.

Y cuál sería mi asombro cuando mi padre dijo: «Está bien. Abrázala Jaime; ya es tuya. Sed dichosos.»

Los brazos de mi pretendiente asieron con delicadeza mi cintura y sus labios se posaron en mi frente. A punto estuve de morir...

—¡Asombroso, magnífico—profririó Felisa, batiendo palmas.

—¡Ay de mí, herida de improviso en mi fé!... ¡Era el pillo, el socarrón de mi primo que había preparado aquella farsa ridícula!...

Cegué de ira, de despecho, de vergüenza, lloré por mi ilusión muerta y huí á esconder mi desesperación. Pero... ¡corazón desleal, bruta entraña, que esclavizas lo mejor del alma!... ¿cómo me hiciste cometer la traición de perdonar?... Todo pasó. Lo cierto es que me casé enamorada del mismo á quien odió.

—Sea enhorabuena; doblemente porque te casarás como tú apetecías, de una manera romántica, cual una heroína de novela—prorrumpió Felisa terminando con una carcajada.

—No te rías. Hubiera preferido el drama verdadero.

—¿No estás curada de idealismo?

—No, amo á mi prometido con toda la poesía de mi alma ilusa.

Ricardo Santa Cruz

De un poeta

Con este título, publica «Heraldo de París» la carta siguiente, del distinguido literato venezolano, nuestro amigo Miguel Eduardo Pardo:

«Querido Bonifoux: ahí van dos libros que para usted me mandan de Murcia. Son los dos de Jara Carrillo, joven inspiradísimo poeta que con Vicente Medina goza allá de los señalados privilegios del lauro.

Conozco á Jara: me lo presentó mi amigo Monserrat en la redacción de EL CORREO DE LEVANTE. Jara es un muchacho muy modesto, muy trabajador, muy simpático. En aquella redacción, en medio de las ruidosas charlas de compañeros y visitantes, escribe él á diario esos fáciles y bellísimos versos que va usted á leer de fijo, porque ama usted los versos buenos: lea usted «La ría», lea usted «Mi reina», lea en fin ese «Vox populi» que arranco expresamente de «Siempre vivas» para su reproducción en el «Heraldo».

Yo le ofrecí á Jara escribir sobre esas hermosas poesías suyas mis impresiones, y no he podido hacerlo todavía. Agobiado por penas muy grandes y muy íntimas que al público nada importan, pero que tanto él como usted conocen,

